



Patricia Verdugo y su nuevo libro

Por «Miguel Angel San Martín G.»

Lo dijo claramente el presidente Salvador Allende esa mañana aciaga del martes 11 de septiembre de 1973: «...quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estarán en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y privilegios». Palabras pronunciadas en el ocaso de una vida digna como pocas, que resumen de manera descarnada la tragedia de los mil días de la Unidad Popular. La asonada golpista fue el fin de un hermoso sueño colectivo y el comienzo de un largo infierno para los chilenos.

Treinta años después la periodista Patricia Verdugo, Premio Nacional de Periodismo, acometió la tarea de hurgar en ese pasado que algunos esconden y que otros simplemente prefieren olvidar o traicionar.

La motivación de Patricia Verdugo fue 'contarle la historia a mis hijos, pero luego comprendí que era importante narrarla a muchos hijos de este país'. Así nació el libro «Salvador Allende: Cómo la Casa Blanca provocó su muerte» que relata la historia de la intervención norteamericana en Chile. En sus páginas están los nombres detrás de la conspiración: Richard Nixon, Henry Kissinger y Agustín Edwards, como los protagonistas indiscutidos de esta trama donde la traición se impuso. Bastó que Allende ganara las elecciones para que Nixon -azuzado por el dueño de El Mercurio- echara a andar las acciones encubiertas 'para reventar' el proceso chileno. 'Es necesario precisar que el actual presidente de la Fundación Paz Ciudadana, Agustín Edwards, en septiembre de 1970 era partidario de la guerra ciudadana', sentencia Patricia Verdugo.

Usted plantea en su libro que aunque el gobierno de Allende hubiera sido perfecto, la decisión norteamericana de derrocarlo hubiese sido la misma.

«Sí, aunque Salvador Allende hubiera sido un gobernante perfecto -que no lo fue- y aunque la Unidad Popular hubiese sido una coalición exitosa -que tampoco lo fue- el golpe se habría producido igual. Durante muchos años pensé que Estados Unidos no quería una 'segunda Cuba' en América Latina. Pero en la investigación me di cuenta que tenía más sentido el tema del eurocomunismo. Esto lo dicen varias personas que estuvieron muy cerca de Henry Kissinger, para quien Salvador Allende era más peligroso que Fidel Castro. Su experimento de socialismo en democracia podía hacer eco no sólo en América Latina sino también en Italia y Francia. Eso para Kissinger era insostenible. Por ello, Estados Unidos envió a Chile agentes de la CIA de primer nivel, a los más criminales».

Usted aporta importantes datos en su libro, que prueban la intervención de la Casa Blanca en nuestro país en la elección de 1964. ¿Podría explicar qué motivó a EE.UU. a actuar en Chile y cuál fue el papel que cumplió en el triunfo

electoral de Eduardo Frei Montalva?

'Chile se pone en la mira de Estados Unidos en 1958, cuando Salvador Allende, por escasos 30 mil votos, estuvo a punto de ser elegido presidente. Por eso, inician una gran campaña para evitar que gane las elecciones de 1964. De hecho, la Comisión Church del Senado de Estados Unidos estableció que la CIA entregó al menos tres millones de dólares para la campaña de Eduardo Frei Montalva, sin que éste se enterara. Además instigó una campaña del terror, con afiches en todo el país, donde se veían los tanques soviéticos entrando por la Alameda. Incluso todo indica que la acción sediciosa de octubre de 1969, conocida como el 'taczazo', se hace con miras a un golpe militar. El objetivo norteamericano ya entonces era impedir que Salvador Allende fuera elegido presidente. Les costó tres años convencer a las Fuerzas Armadas y lograr una masa crítica proclive a la intervención militar».

La cuenta regresiva

¿Cómo intervino Washington en las elecciones de 1970 y cómo implementó la injerencia en Chile?

'La Casa Blanca hizo de todo, desde invertir millones en acciones de sabotaje, apoyo financiero a la candidatura de Jorge Alessandri, dividir al Partido Radical, etc. Sin embargo, las mejores pruebas de la intervención de Washington surgen con el triunfo de Allende. Fue entonces cuando Nixon dio carta blanca a la CIA para actuar e impedir, según sus propias palabras, 'que ese hijo de puta, ese bastardo asuma'. La orden era clara: había que aplastarlo y la manera de hacerlo era con un golpe militar. Para ello, la CIA se contactó, entre el 5 y el 20 de octubre de 1970, con 21 oficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros. De acuerdo al Informe Church, 'a todos aquellos que estuvieran dispuestos a ejecutar un golpe de Estado, se les aseguró apoyo al más alto nivel del gobierno norteamericano; con anterioridad y después de un eventual golpe».

En ese contexto, el general René Schneider, comandante en jefe del ejército, democrático y constitucionalista, se constituyó en el gran obstáculo. La decisión fue eliminarlo y sabemos por el Informe Church y documentos desclasificados, que vía valija diplomática llegaron tres subametralladoras, abundante munición, granadas lacrimógenas y móscares antigases que fueron entregados a los conspiradores, entre los cuales se encontraban los generales Camilo Valenzuela, Roberto Viaux y Alfredo Canales. Incluso el agregado militar de Estados Unidos, Paul Wimsert, declaró que entregó 50 mil dólares a Viaux, entre el 13 y el 20 de octubre de 1970, además de prometerle un seguro de vida por 250 mil dólares. También recibieron la misma suma el general Valenzuela y el almirante Hugo Tira- do, quien también estuvo involucrado. Otros conspiradores fueron el director de Carabineros, general Vicente Huerta Celis y el general de la Fuerza Aérea Joaquín García. Lamentablemente, a pesar de todas las evidencias, hay una versión que han creído el ejército e incluso la familia del general Schneider: que el objetivo era el secuestro y no el asesinato. El poder le bajó el perfil al delito, lo que culminó en ese fallo horroroso de la Corte Suprema en que el

secuestro con resultado de muerte termina siendo un secuestro con atenuante, en vez de agravante. Han pasado 33 años y el ejército no ha enviado siquiera una nota de protesta a la Casa Blanca, por la muerte de su comandante en jefe. Entonces uno se pregunta, cuánto tiempo tendrá que pasar para que asuma que el general Pinochet fue un asesino. Cuántos años transcurrirán para que le quiten el título de 'Benemérito'. Cuánto para que los cadetes de la Escuela Militar y demás escuelas matrices asuman que la dictadura fue oprobiosa, criminal y bárbara».

Usted plantea en su libro que los mil días de la Unidad Popular estuvieron fuertemente determinados por una puesta en escena planificada por y a la medida de Estados Unidos, y que en ese contexto las distintas fuerzas -incluida la Izquierda- actuaron en una lógica que tendió a potenciar la estrategia norteamericana. ¿Podría profundizar al respecto?

Claramente, teníamos una Izquierda gobernando y otra Izquierda fuera del gobierno. Eso generó ciertos choques. Por ejemplo, para la Izquierda fuera del gobierno, la larga visita de Fidel Castro a Chile fue un acontecimiento glorioso. Lo cierto es que una visita que debió ser de tres o cuatro días duró casi un mes, y cuando se entra a la hacienda de este episodio, se comprende que esa visita fue un dolor de cabeza para el presidente Allende. En otro ámbito, para Salvador Allende había un programa que definía las empresas a ser intervenidas. Las tomas le provocaron muchos problemas, porque no tenía cómo ordenar la situación. Su obligación era gobernar y salvar el proceso. La discusión en ese momento era muy fuerte. Lo prueba el extracto de un discurso de Miguel Enríquez, que incluí en el libro, donde da por abortado el proceso del presidente Allende y plantea que es la hora de tomar las armas. El hecho es que las tomó sólo un sector de chilenos y el resto fuimos las víctimas. Era imposible que ese grupo minoritario pudiera enfrentar a un ejército regular y por eso fue una masacre. En ese sentido, yo me quedo con Salvador Allende y lo que él se comprometió a hacer y con los medios con los cuales se comprometió a hacerlo».

Sin embargo, él vivió sus últimas horas en La Moneda con un fusil en sus manos resistiendo el golpe...

'Cuando él toma el fusil que le regaló Fidel Castro y lo usa, lo hace como lo haría cualquier ciudadano en esas circunstancias. Estaba frente a un golpe, un delito subversivo. Salvador Allende era el presidente constitucional y por tanto, tenía que defender su cargo. Ese es el contexto en el cual toma el fusil. Por eso, para mí uno de los momentos más trágicos del 11 de septiembre en La Moneda es cuando el representante del comité central del Partido Socialista, Hernán del Canto le pide instrucciones. La respuesta de Salvador Allende quedó estampada para la historia: 'Nunca antes me pidieron mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál es mi deber'. Esa frase lo dice todo, para efectos de cómo tenemos que reorganizar el movimiento popular en Chile, proceso que tomará muchos años».

Patricia Verdugo y su nuevo libro [artículo] Miguel Angel San Martín G.

Libros y documentos

AUTORÍA

San Martín G., Miguel Angel

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Patricia Verdugo y su nuevo libro [artículo] Miguel Angel San Martín G.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile